

*Parte final del Discurso de Pablo V. Carlevaro en el acto de entrega del título de Profesores Eméritos de diciembre de 1987*

## DISCURSO DEL DECANO CARLEVARO

### "Es imperioso decir lo que nos angustia"

*Dos días antes de culminar el año 1987, el decano de la Facultad de Medicina habló a sus colegas médicos durante el transcurso del acto de entrega del título a los Profesores Eméritos nombrados. Por la profundidad de sus conceptos -y autorizado por el propio doctor Pablo Carlevaro- AQUÍ publica a continuación la parte final de ese discurso.*

"Es imperioso, también, que digamos lo que nos angustia:

Debemos advertir con toda claridad que los problemas de la ética médica y de la conducta universitaria no se reducen a las transgresiones ominosas que se produjeron durante el período de la dictadura.

Debemos tener bien en claro que la opción no es la punición sino la educación. Y que el gran manantial de educación de la conducta universitaria históricamente fue -por ejercicio severo de la misma- la tarea gremial.

La tarea gremial en el seno de la Asociación de los Estudiantes de Medicina. La tarea gremial en el Sindicato Médico del Uruguay.

Tenemos que confesar que la ética médica y de las demás profesiones de la salud se transgrede todos los días en la enorme mayoría de los establecimientos asistenciales del país.

Tenemos necesidad de asumir en la plenitud de nuestras conciencias, que la atención de la salud -que nos concierne, no en exclusividad pero nos concierne y con cuánta trascendencia- está en las vecindades del escándalo público.

En este marco moral de negligencia, desprecio y abandono no educaremos la ética de los profesionales de la Salud que nos compete formar, sino más bien incubaremos el menosprecio por el enfermo, por el pobre, por el desvalido.

Debemos tener la valentía de asumir que nuestro propio Hospital debe ser rescatado del naufragio; que la organización asistencial de los médicos ya no es la honra del gremio sino se manifiesta, demasiadas veces, por lo contrario.

Que la anécdota de la omisión, el abandono o el destrato se acumula con frecuencia vergonzosa en todas partes al punto de que el destrato se ha vuelto pauta y testimonio de la indecencia.

¡Cuántas obligaciones tenemos con el pasado! Cuántas obligaciones con nuestros grandes maestros que, como Pedro Larghero, no distinguían entre el paciente privado y el enfermo del Hospital.

Cuántas obligaciones y deudas con los pioneros del año 35 que, encabezados por Carlos María Fosalba y seguidos por tantos hombres-médicos más, abrieron el cauce de la entrega y el servicio social de nuestro gremio médico, para orgullo insólito del país, para signo visible de que éramos otra cosa que mercantiles de la profesión.

La educación ética y universitaria de los jóvenes, estudiantes de medicina, de enfermería, de obstetricia, de nutrición, etc., deberá hacerse rescatando pautas culturales de convivencia no sólo en el aula -en el grupo, en el taller- sino también en los mismos hospitales, en las salas de internación, en las guardias, en las policlínicas y, todavía más, en la propia comunidad -acercándose a la gente para servirla y para aprender de ella con dignidad-.

La dictadura es -hablando en lenguaje médico acerca de un fenómeno social y político- una

enfermedad.

Pero es una enfermedad que deja secuelas. Es decir, es una enfermedad que deja consecuencias que derivan de ella, se padecen y se sufren. Estamos viviendo y padeciendo las secuelas de la dictadura. ¿Quién no lo advierte?

Es muy duro, por consiguiente, el trance de la recuperación y de la restauración. Cuando llegué aquí, decía: lo único que se podrá recuperar instantáneamente, sin pérdida inercial de tiempo, por el sólo hecho de haber recuperado la autonomía, es la dignidad. Ya con seis décadas gozadas y sufridas, luchadas tenazmente, debemos sonrojarnos de nuestra propia y casi incurable ingenuidad.

¡Qué lejos estamos aún de haber recuperado la dignidad!

¡Qué lejos está el país de haber recuperado su dignidad!

¡Qué lejos está la Universidad de haber recuperado su dignidad!

¡Qué lejos está nuestra propia y querida Facultad de Medicina de haber recuperado su dignidad!

¡Cuánto esfuerzo hemos hecho, estamos haciendo, seguiremos haciendo tercamente, obstinadamente, por recuperar la dignidad, pero, qué duro y pesado es el camino, qué difícil es hacer un hueco en esta desolada pampa!

Y cuanto mayor sea la dureza, cuanto más difícil sea morder la pampa, cuanto más "ateridos, flacos y miserables" nos sintamos, cuanto mayor sea la conciencia del sufrimiento padecido, mayor también será la resolución de seguir mordiendo, royendo, royendo siempre...

Debemos ser caminantes de impulso whitmaniano: "ganaremos aquellas alturas, sólo para continuar adelante".

Habremos de templar el espíritu, conquistar forzosamente la serenidad, porque el camino es largo, porque somos bien conscientes de que no llegaremos nunca, porque la fuerza de nuestra moral proviene del hecho de que seguiremos luchando indeclinablemente sin dejar jamás de roer, encaneciendo la cabeza, reuniendo "el flotante polvo del viento" y regando la simiente con lágrimas, hasta hacer asomar sobre la tierra un árbol nuevo..., hasta quedar exhaustos.

Sí, estimados colegas, será de nuestras entrañas, de nuestras facultades y de nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arrancará la energía necesaria para romper "las sombras de lo arcano", como reza el final de la terrible parábola del incomparable maestro, y todo ello lo hacemos -tenemos la obligación moral de hacerlo-, aunque sepamos -como sabemos- que nosotros no llegaremos nunca sin que nos importe ni nos detenga el sacrificio de la lucha, la dureza granítica de la pampa, la sequedad de la piel y las mucosas, el vidriado final e inexorable de los ojos, si tras el cierre piadoso de los mismos, tras el fin de la aventura, ya con la luz del poniente contrastando las formas como si la naturaleza estuviera dibujada en tinta china llegamos a ser capaces de sentir alegremente y de gozar al saber que tras de nosotros vendrán los que habrán de conquistar cumbres más altas, lo que alguna vez podrán decir -al unísono y con precisión literal- que todos los hombres son hermanos y tienen derecho a amarse tierna y solidariamente aún sabiendo que van a morir!

Permítaseme -para finalizar- enunciar otra vez esperanzados deseos que, seguramente, todos compartimos:

Que esta Facultad preserve -para siempre- el legado de vuestra sabiduría y la decencia de vuestro proceder.

Que con la puntualidad de las "campanadas que cruzan a los campos" el paso del tiempo renueve siempre -en las generaciones que aquí lleguen- vuestro talento y vuestra virtud.

Que todo ello sea por el bien de nuestra cultura, por la fraternidad de nuestra convivencia, por la preservación de la filialidad pertinaz y devota que caracteriza a los hijos de esta Casa. Y por fin, que todo ello sea no tanto para acrecentar su grandeza -que no es poca- sino para retener inalterado vuestro estilo de ejercer el magisterio y vuestra permanente lección de humildad y decencia."